ilustradas con proyecciones y exhibición de las aplicaciones preventivas, a ser posible dentro de su aula o en el interior de la Facultad. Después, cada alumno deberá permanecer durante seis períodos de dos horas como mínimum en las Clínicas reguladoras de Nacimientos (ya oficiales o particulares) auxiliando a las comadronas y médicos de servicio en la colocación de capacetes y demás aplicaciones, y estudiando al propio tiempo los casos difíciles tan frecuentes entre las mujeres estragadas por numerosos partos.

Este Ministerio cree cumplir con esta orden una labor de capacitación profesional y con ello el decidido propósito del Gobierno."

El amor venal

I Panorama actual del amor en España.
II *Egoísmo e hipervalorización masculina* como etiología del amor mercenario.
III Antimasculinidad del amor remunerado.
IV Núcleo psiquiátrico del burdel.
V Respeto al placer ajeno. Prostitución y divorcio.
VI Clave esotérica del abolicionismo.

(Extracto.)

Por el DR. CESAR JUARROS

Médico-Director de la Escuela Central de Anormales
Académico de número de la Nacional de Medicina

I

Señores:

Viendo unido, de nuevo, mi nombre a un cursillo sobre problemas sexuales, es posible que muchos de vosotros hayáis tenido un gesto de cansancio, de aburrimiento. ¿Otra vez? Efectivamente, otra vez. El remanente de tiempo que me deja libre la profesión, lo que pudiéramos llamar parte desinteresada de mi labor, obedece a tres directrices fundamentales: Educación sexual, educación física y educación y protección a los niños anormales.

Si resulto pesado por insistir sobre cualquiera de estas tres cuestiones, la solución está en vuestras manos. Haced que se resuelva una de ellas y enmudeceré de modo definitivo. Pese, pues, a mis temores de resultar terco—*más exactamente dicho*—, empalagoso, voy a cumplir fría, serenamente, el deber de dar estas seis conferencias.

Vamos a empezar la de hoy por ponernos de acuerdo sobre el valor de términos que han de ser barajados constantemente en las presentes conversaciones.

Lo primero es percibir claramente la diferencia entre la palabra *sexualidad,* función síntesis del organismo, y *genital,* que equivale a designar la actividad local del acto de la generación.

El segundo aspecto sobre el que vamos a ponernos de acuerdo es la distinción entre amor e instinto. El *instinto* es lo básico, lo fundamental. Por ello puede realizarse la función sexual sin que para nada intervenga el amor. ¿Qué es el amor? Ni más ni menos que la resultante de una rebeldía del género humano frente a la tiranía de la Especie. En la realidad de cada día, el amor es múltiple en la vida de todos los mortales, y fugaz como consecuencia inevitable de ser múltiple. Son escasísimas—quizá fuera más exacto decir no existen—las vidas donde haya existido un solo amor. Puede asegurarse que los amores no son dos días sensiblemente iguales. El amor evoluciona, se desarrolla, alcanza su apogeo, decrece y muere. Esta es la verdad, y frente a ella el hombre mantiene la tesis de esas preguntas dulcemente ridículas de: "¿Para mí solo?" "¿Para toda la vida?" A pesar de que en el fondo de las conciencias, nosotros sabemos que ninguna mujer es para uno solo, ni para toda la vida, puesto que los sentimientos se renuevan más o menos periódicamente, según el carácter, la casualidad u otras circunstancias externas.

Tenemos, pues, el problema planteado de esta manera: Frente a la multiplicidad que impone el instinto, el propósito de continuidad, de eternidad que exige el amor propio de los hombres, incapaces de acatar con la humildad de los demás seres de la creación los designios de la Especie.

Segunda cuestión.—Examinando en España el problema del amor, obsérvase cómo crece, rápidamente, la tendencia a revalorizar el aspecto fisiológico y desespiritualizar la función. Esto contribuye a mantener una época de indecisión amorosa, que hace a los hombres fluctuar, acobardarse y mostrarse tímidos, no alcanzando a comprender el valor del factor individuo.

Como en todos los países de escasa vida interior—y el español es ahora un hombre de reducida vida interior, quizá en compensación de la época mística en que esta vida interior adquirió tan gran relieve—, existe la tendencia a generalizar, que en fin de cuentas es egoísmo y conformidad no trascendente. El problema individuo juega acaso papel. La gente no se detiene ante los matices que juzga epidérmicamente.

Tercera cuestión.—El panorama español del amor acusa, a poco que se profundice en el estudio de los sujetos, la frecuencia de la iniciación torpe y grosera. Apelo a que cada uno de vosotros haga examen de conciencia y serenamente trate de recordar cómo llegaron a él las primeras nociones sobre la función de engendrar nuevos seres. En la casi totalidad

de los casos resultará factor eficiente la casualidad o la malicia de otros niños. Voy a recordaros a este propósito una anécdota que viene a demostrar plenamente el error cometido por las gentes que creen resuelto el problema de la curiosidad infantil, dando excusas o inventando mentiras.

El ejemplo que voy a presentaros se refiere a la nieta del Profesor Michel, sexuólogo alemán bien conocido.

La familia de este sexuólogo se disgustó con él por gazmoñería—que en fin de cuentas es la peor de las avaricias—, y a poco de nacer la niña hicieron que se ejerciera sobre ella una vigilancia puntillosa, detallista, para evitar que las doctrinas del abuelo pudieran mancharla de lodo. La pusieron criados especiales que evitaban su trato con los demás niños. Pero cierto día, poco después de una conversación familiar, en que se tenía por seguro la ignorancia absoluta, por parte de la niña, de todos los problemas sexuales, esta familia confiada recibió la enorme sorpresa de ver cómo la pequeñuela tenía una idea exacta acerca del mecanismo del nacimiento, en pugna total con la tesis absurda de que el niño viene de París, de que lo trae una cigüeña en el pico, etc., etc.

En efecto, cuando se estaba terminando la conversación a que hemos aludido, entró en la habitación una señora embarazada. Verla y gritar la chiquilla ruidosamente satisfecha: "¡Anda, tú vas a tener un niño!", todo fué uno. Los padres, sobresaltados, inquietos, creyendo haber sido burlados por la servidumbre, se apresuraron a preguntar el porqué de tal prodigio. La nieta de Michel lo explicó claramente. "Como yo he visto que cuando la gatita del portero va a tener gatos se le abulta el vientre, pues he dicho: Esta señora, que también se le abulta el vientre, es que va a tener hijos." Con lo cual el Profesor Michel logró recobrar el quebrantado prestigio a los ojos de sus parientes.

Esta iniciación torpe, grosera, defectuosa, de que fuimos víctimas la mayoría de los españoles, produce como causa inmediata que las relaciones entre los sexos tengan más carácter de batalla que de colaboración.

Cuarta cuestión.—Los hombres españoles—y seguramente los de otros países—pecan porque en vez de amar su amor aman los efectos de su amor, o sea la conquista de la mujer. Fijaros en las relaciones de la mayoría de los hombres con la mayoría de las mujeres. La finalidad suele ser: valorar qué favores obtiene el hombre y comprobar la tenacidad con que resiste la mujer para otorgar esos favores sin recompensas perennes, que en fin de cuentas no otra cosa que esto último es el matrimonio.

El sentimiento de colaboración en el trabajo, el esfuerzo hermanado es tan superficialmente sentido, que los hombres de nuestro país han es-

tablecido por norma el casamiento tardío, y las mismas novias no recusan en gran parte este hábito, olvidando que no hay lazo más fuerte y que haga más perdurable, dentro de lo posible, un amor que el haber avanzado cogidos del brazo, íntimamente unidos, frente a la vida. Aquí, los triunfos los consigue el hombre por sí solo, y cuando los ha logrado ofrece tardíamente un bienestar, que huele ya a vejez, a la mujer.

Quinta cuestión.—Un aspecto singular del panorama del amor en España es éste: Los hombres se hartan de hablar del amor. Sin embargo, es uno de los países en que menos se ama, bien entendido que empleo este verbo tan dulce y lírico simplemente como eufemismo. Todos me entenderéis sin obligarme a emplear verbos procaces que podrían representar una ofensa para la virginidad enflorecida de muchas de las señoritas que me escuchan.

En España, frente a la escasez del amor, existe una abundancia de auto-erotismo verdaderamente desconcertadora. Tan tímido y tan difícil para el amor leal y sincero es el español, que la mayoría de vosotras, capullos de mujer que me escucháis, tendréis una experiencia desagradable de la audacia de los *pollos* y no *pollos* en tropel y de la timidez y cobardía de uno de esos audaces incorrectos cuando se ven a solas frente a frente con una mujer.

Sexta cuestión.—El español hombre tiene un extraño orgullo que se nutre, no de la propia estimación, sino de lo que puedan decir los demás. Por eso el español es tan profundamente celoso, por eso los celos del español son agrios, ásperos, peleones, y han hecho intransitables los *cabarets* de nuestras poblaciones más civilizadas.

Los celos reconocen tres fundamentos, que desde lo más superficial a lo más hondo, son clarísimos. En la superficie, el problema de los celos es el miedo al qué dirán; el miedo a los comentarios. A infinidad de hombres les tiene sin cuidado que su mujer les quiera o no, que su amante incluso les sea infiel, todo con tal de que la gente no se entere.

Si calamos un poco más profundo, encontramos que los celos obedecen siempre a un complexo de inferioridad. El hombre que tiene celos es porque admite la posibilidad de un hombre con más méritos que los suyos para seducir a la mujer predilecta. Todo hombre que tiene celos es por falta de confianza en sí mismo.

Penetrando más hondo aún, surge el tema lleno de espinas, del origen paranoide o morboso de los celos.

Hilvanad estos aspectos con la abundancia de auto-erotismo y la de celos, y supongo que hallaréis filones de interpretación que en conferencias sucesivas encontraré motivo de desarrollar más ampliamente.

Séptima cuestión.—El español siente inclinación creciente hacia el amor mercenario. Quizá haya una disminución del amor lícito en el español; pero en cambio abundan los amores mercenarios, clandestinos, de muchachas que ganan su vida en una profesión de remuneración mediocre y obtienen, vendiéndose, el suplemento necesario para el lujo y en muchos casos para la necesidad inmediata: las pensionistas que no quieren renunciar a su pensión, las sirvientas, las empleadas, etc., etc., son ejemplos claros de la predilección que la juventud española viene sintiendo por el amor sin riesgo.

Octavo aspecto.—El último aspecto del que quiero hablaros es lo extraño que resulta en España el desdén sentido por muchachos y muchachas hacia el valor psicológico del noviazgo. En la práctica, el noviazgo no es sino una esgrima en que uno y otro se mienten desenfrenadamente, ocultando la verdadera personalidad. No es éste el papel del noviazgo. El noviazgo no es ni más ni menos que el noviciado del matrimonio, y toda la felicidad de un posible matrimonio está en la existencia de un noviazgo a base de sinceridad. Sin embargo, esto no se hace, y por eso hay tantas mujeres y tantos hombres desgraciados, como consecuencia de una noche de bodas desafortunada, y es que resulta que, después de haber contraído un lazo trascendental—afortunadamente ya no irrompible—, se descubren, se encuentran otros, y por primera vez se enteran de cómo es la pasión.

Toda la campaña que se haga en favor de que durante el noviazgo en vez de engañarse para parecer mutuamente atractivos se diga la verdad, la cruda verdad, será poca.

Este es un tema que quizá mereciera varias conferencias por sí solo. Yo, por mi experiencia de psicoanalista y de especializado en enfermedades nerviosas, sé deciros que las torpezas del noviazgo se pagan siempre con réditos de lágrimas que muchas veces resultan abusivos.

Y hemos terminado la tarea de hoy. En la próxima conferencia estudiaremos los orígenes de la prostitución.

II

El día pasado expusimos unos cuantos aspectos básicos del panorama del amor en España. Hoy vamos a ocuparnos del egoísmo masculino como etiología del amor mercenario.

Empecemos por sentar una tesis básica, y es que entre todos los seres de la creación, el hombre es de los que a más bajo precio pagan la ventura del placer sexual. Bastará recordar ejemplos de trágicos amores de los insectos. Seguramente ninguno de vosotros ignora que la "araña mantis" se come al macho después del acto nupcial, y que el macho acata con absoluta resignación este triste destino, entonando, mientras es roído, el mismo himno de seducción que le valiera para rendir el pudor de la hembra.

No menos penosos son los amores del zángano. A partir de la inmortal descripción del vuelo nupcial de las abejas hecha por Maeterlink, nadie ignora este calvario.

En una bella mañana de primavera, la reina emprende el vuelo por el cobalto del cielo. Detrás van los zánganos. La reina sigue elevándose. Los más débiles quedan atrás, hasta que el número de perseguidores es reducido a uno. Es a éste a quien la reina hace en pleno vuelo la ofrenda de su amor. Pensad en la pena, en la tristeza, en el desencanto de esos zánganos, que, al retornar a la colmena no satisfecha la ilusión que les llevó a volar, son condenados a morir estrujados, apretados, aprisionados por las obreras.

Con nada de esto puede compararse la facilidad con que el ser humano alcanza la ventura física del amor. Sin embargo, el hecho positivo es que el hombre teme al amor. Tan exacto y tan claro es esto, que las mujeres inteligentes—y lo son casi todas—saben bien que el mejor procedimiento para librarse del asedio empalagoso de un galán antipático, es darle cara y decir que se está dispuesta a seguirle donde él quiera. Inmediatamente el galán vacila, empieza a poner dificultades y acaba por retirarse. El hombre teme al amor. Por eso, por culpa de este miedo, el hombre fomenta la prostitución. La prostitución supone para él un seguro contra el riesgo de embarazo, un seguro contra el riesgo de toda responsabilidad posterior.

Por ello, los Adanes modernos han inventado el "flirt", que no es ni más ni menos—como dijo con afortunada frase Paul Bourget—que "el ama seca del amor". El "flirt" significa sencillamente contentarse con el vermut y no comer. Hay infinidad de hombres y mujeres que alimentan sus ansias de sexualidad a base de vermut. Así es de anémico, de escuálido y de ridículo su amor. Los Adanes modernos, además del "flirt", han creado los bailes en boga, que no son ni más ni menos que una persecución del placer preliminar, sin atreverse a intentar fórmulas definitivas.

Por todos los periódicos del mundo ha rodado la anécdota de un oficial francés, que merece ser conocida por vosotros.

Este oficial francés era requerido por una señora para que la dijese por qué teniendo tantas amigas guapas permanecía soltero, y entonces el oficial francés respondió: "¿Para qué he de casarme, si ya he bailado con todas?"

Tales facilidades sin riesgo satisfacen plenamente el egoísmo masculino, pero alejan a los hombres de las mujeres. Ellas, equivocadas, desconcertadas, optan por ser cada vez un poco más de todos y por decidirse cada vez más también a ser menos para uno solo. Si las mujeres se dejasen aconsejar, cabría decirles que este procedimiento de los trajes de tela escasa, de los bailes audaces, de la familiaridad del tuteo y tantas otras demostraciones de falta de austeridad, no hacen sino distanciar al hombre auténtico.

Cuando viajáis, si en seguida se agotan las indicaciones del Baedeker y pensáis haber visto todo lo interesante de una población, surge el deseo de ir a otra. La mujer debe aspirar a no entregarse nunca tan totalmente que se pierda el interés pensando en la conveniencia de cambiar de ciudad. Toda mujer hábil e inteligente, debe tener un cuartito de Barba Roja que sea siempre un secreto. Importa poco que en ese cuartito haya algo o no haya nada. Lo único interesante es mantener en el hombre la ilusión de descubrir el secreto. En toda mujer debe existir un misterio que puede ir cambiando según las circunstancias; pero que haga el prodigio de mantener encendida la curiosidad, que en fin de cuentas viene a ser una de las columnas fundamentales del amor, en los dos sexos.

A este respecto os contaré, por la cantidad de enseñanzas que encierra, la conocida anécdota de "La isla de los pingüinos", de Anatole France.

Según esta novela, había hace muchos años un santo miope. Iba sobre una peña—y éste era el milagro—que flotaba en el mar, buscando infieles para convertirlos al cristianismo. Su pobreza visual le hizo que al llegar frente a una isla en cuya playa sesteaban los pingüinos, los bendijese. La confusión y el espanto que se produjo en el cielo fueron enormes. Los Santos Padres gritaban: "¿Qué ha hecho este hombre? ¡Ha bendecido a unos pájaros dándoles categoría humana!" Se reunieron los teólogos bajo la presidencia de San Pedro, y se acordó otorgarles categoría humana. Así empieza la historia de la isla, que no es ni más ni menos que la historia de Francia, tratada humorísticamente.

Entre todas las pingüinas tan extrañamente dotadas de condición hu-

mana, había una delgada, de hombros y caderas huesudas, de senos breves y blandos y vientre raquítico. (Probablemente en estos tiempos hubiera tenido fama de elegante en las aceras de la calle de Alcalá.)

Avergonzada de sus defectos, para taparlos, no se la ocurrió sino liarse al cuerpo una estera y sujetarla con un cordel. No sabía la pobre lo que hacía: aquello fué el principio de un terrible conflicto entre todos los pingüinos, pues surgió el deseo de desatar el cordel. La que se había tapado por fea, tuvo el éxito mayor de la isla. La habilidad de ocultar la valió categoría de mujer interesante.

El egoísmo de los hombres es el creador de la reglamentación. La reglamentación no es ni más ni menos que mantener a las mujeres del burdel en un régimen de excepción, aplicando sobre ellas criterios que las priva de la condición de ciudadanas. La justificación es la de que así se disminuye el número de enfermedades sexuales y se mejora la condición moral de las multitudes. Ninguna de las dos cosas son exactas.

Como comprenderéis fácilmente—sin necesitar grandes conocimientos médicos—un examen semanal carece de eficacia en mujeres que han de soportar diariamente varios contactos masculinos, contactos que en los días festivos pueden llegar a 17, 18 y 19, por lo que no es garantía ninguna un examen a la semana, hecho siempre deficientemente.

Los médicos alemanes encargados de este servicio en Berlín, declararon en un Congreso Abolicionista que no disponían de más de varios segundos para examinar y reconocer a cada una de las mujeres sometidas a los reglamentos. En España los abolicionistas hemos tenido la suerte de que los médicos dedicados a enfermedades sexuales se hayan puesto desde el primer momento a favor de nuestra causa y sean hoy uno de sus elementos más importantes.

La reglamentación no es eficaz higiénicamente, pero tiene además en su contra el sentimiento de injusticia que la rodea. Si el amor mercenario es un delito, no cabe duda que ese delito es cometido por dos seres: un hombre y una mujer. ¿Por qué se persigue sólo a la mujer y se deja en libertad al hombre? El hombre puede repartir el contagio lo mismo que la mujer. Infinidad de muchachas honestas, virtuosas, al casarse reciben el obsequio repugnante y doloroso de enfermedades de este tipo. El hombre puede contagiar a un niño inocente, puede contagiar a su madre, a su amada, a sus hermanas... Sin embargo, con él no van los reglamentos; el hombre no tiene por qué preocuparse.

La única razón de todo esto es que las leyes han sido hechas por hombres y no por mujeres. Si hubieran sido hechas por mujeres, éstas

gozarían de libre albedrío para contagiar a diestro y siniestro, y los hombres serían perseguidos por las leyes.

Hay además una razón desagradablemente vergonzosa de desigualdad. Los reglamentos se detienen en las rameras pobres. En cuanto la prostituta vive en una casa lujosa, tiene auto, ascensor, la policía no se acerca a ella si no es para halagarla u ofrecerla protección. Sus severidades quedan reducidas a la ramera pobre de la calle, que habita en los suburbios de la ciudad o en esas calles estrechas y malolientes que pregonan, en la miseria de los pueblos no abolicionistas, hasta dónde puede llegar la barbarie de los hombres.

La prostitución reconoce las siguientes causas fundamentales:

1.ª El estado mental. (Como más adelante hay una conferencia, la cuarta, destinada especialmente a los aspectos psiquiátricos de la prostitución, aplacemos hasta entonces todo comentario sobre este aspecto.

2.ª La miseria. La miseria inmediata, positiva, el hecho de no tener que comer, parece influir mucho menos de lo que pudiera pensarse en la prostitución. Decide más el ambiente, el embrutecimiento, el relajamiento de la moral, etc., etc. Es posible que sea este ambiente una de las causas principales del amor mercenario. Ambiente que explica la repugnante comprobación hecha por todos los tratadistas de que abundan los casos de mujeres prostituídas como efecto de la intervención de su madre.

3.ª El contacto con las mujeres bien vestidas, con mujeres que huelen como rosas y lucen lindos trajes, empuja tanto o más que la miseria. Como la educación moral es cada vez más defectuosa, a las mujeres les es muy difícil defenderse de estas tentaciones.

4.ª La cuarta causa de la prostitución—y esta sí que puede decirse sin género de duda que esencial — es la seducción. La seducción explica la cantidad enorme de criadas de servir que terminan en los prostíbulos como profesionales del amor mercenario. El procedimiento, el mecanismo, la psicología, es siempre idéntica: Una muchacha que viene de un pueblo, que entra a servir, que conoce el aspecto sensual de la vida, que empieza a ser perseguida por el señorito—un señorito limpio, lagotero, ágil de lengua y de manos—que la emboba, la ofrece casarse con ella, la hace regalos, habituándola a vestir como no vestía en su pueblo y, finalmente, la arrastra a la perdición. La madre, la dueña de la casa, muy severa, despide a la criada y busca otra. "La culpa no es de su hijo, la culpa es de la criada que no ha sabido defenderse."

La muchacha varía de casa, se reproduce la escena, empieza a bajar los escalones y llega al prostíbulo.

Finalmente, la prostitución ha intentado ser explicada por razones psicológicas. Estas razones psicológicas son tres: a) *El masoquismo masculino.*

El masoquismo no es ni más ni menos que una perversión sexual, que recibe su nombre de Masoch, novelista del Centro de Europa, que encontraba singular y morboso deleite en presenciar, escondido, cómo su mujer era requebrada y acosada por los amigos. Desde su novela, en que todos estos sufrimientos son relatados en un sentido literario, se llama masoquista a todo el que goza sufriendo. En general, el masoquismo es una actitud ante el amor, más fuerte en las mujeres que en los hombres.

Sin embargo, ateniéndose a la frase de Gorki de que "el amor es el triunfo del que quiere menos sobre el que quiere más", se puede decir, sin riesgo a equivocación, que el comportamiento masoquista pertenece invariablemente al que quiere más. Este afán de sufrir puede ser la explicación de la predilección de muchos varones por el prostíbulo.

Enfrente del masoquismo está b) *el sadismo.* El sadismo no es ni más ni menos que el antípoda, el polo opuesto del masoquismo, o lo que es igual, gozar haciendo sufrir. Actitud frente al amor, más propia del hombre que de la mujer. Aquí también el nombre procede de un literato, el marqués de Sade, autor de novelas en que se pone de realce el goce de hacer daño a la persona que se desea. Hay infinidad de variantes: desde quien trunca el beso en mordisco, a quien se finge celoso o disgustado para hacer sufrir a la persona que quiere. Hay gentes que experimentan positivo placer haciendo daño, martirizando y maltratando a la persona que dicen amar. Frecuentar el burdel podría ser—en este sentido—y así os lo diré en la conferencia cuarta—una resultante de causas sádicas.

Finalmente, se da también como explicación, c) que en lo inconsciente existen deseos rechazados, no susceptibles de exteriorizarse, sino en ciertas condiciones. El burdel podría ejercer esta misión que algunos han llamado catártica, y éste sería el motivo por que muchos hombres necesitan limpiar los bajos fondos de su sexualidad frecuentando estos lugares.

He aquí demostrado plenamente cómo la prostitución es producto del egoísmo del hombre, y por eso extraña tanto que en nuestras campañas abolicionistas hayan tomado escasa participación las mujeres que tuvieron la suerte de poder mantenerse en un ambiente de honradez. Por muchas vueltas que se le dé, nunca quedará claro ni justificado la hostilidad de las mujeres llamadas decentes, frente a las rameras. Lo lógico es que encontraran en ellas unas compañeras de sexo desgraciadas

y vencidas. Por el contrario, creen ver una rival; contrayendo para con su sexo y para consigo mismas una grave responsabilidad.

Y no he de deciros más hoy, porque la conferencia ha resultado ya suficientemente densa. Me he dado cuenta de vuestra alta sensibilidad, y presumo que hay en vosotros una cantidad de emoción que podría haceros desagradable la continuación.

III

Vamos a ocuparnos hoy, en esta tercera conferencia, de un tema verdaderamente complejo, cual es *La antimasculinidad del amor remunerado.*

Exige que empecemos por un análisis de los orígenes del sexo. Si os preguntara qué concepto teníais vosotros sobre esta cuestión, lo probable es que me contestarais, casi unánimemente, hablando de hormonas; no obstante, hay otra realidad. En los invertebrados no puede hablarse de hormonas y, sin embargo, existe la diferenciación sexual. Como el camino es difícil, convendría que antes de adentrarnos en él pongamos en claro las bases de una distinción fundamental.

Cuando se aborda el estudio del sexo, es preciso diferenciar antes dos aspectos: *la determinación del sexo* y la *realización del sexo.* Nosotros vamos a ocuparnos exclusivamente de esto último.

Constituye un hecho por todo el mundo sabido cómo la mujer es anabólica, o lo que es igual, su organismo reserva la energía, y cómo el hombre es catabólico; o lo que es lo mismo, su organismo tiende a derrochar la energía. En el fondo del problema no hay sino grados de oxidación.

Puede surgir, y de hecho surgirá en vosotros, una interrogante: Si el sexo es un problema químico, ¿podrá diagnosticarse químicamente? Preguntando de este modo habréis acertado, pues ahí está la reacción de Manoïloss, a base de agua oxigenada, permanganato potásico, etcétera, fundada en valorar el poder de reducción del reactivo.

Nadie ignora tampoco—como en los pichones ha demostrado Riddle—que el problema del sexo depende por igual de la época del año que de las glándulas de secreción interna. En otoño e invierno predomina el nacimiento de machos; en primavera y verano nacen preferentemente hembras. El fondo químico del sexo tiene, como es natural, una regulación nerviosa, y en esta regulación nerviosa influye en alto grado el psiquismo.

Veamos ahora cómo psicológicamente tiene lugar la evolución y diferenciación sexual.

Para abordar esta cuestión quiero empezar por pediros un poco de

comprensión para las ideas de Freud, tan mal digeridas en España y con tantos enemigos.

Según Freud, la época de la lactancia representa la satisfacción simultánea de dos instintos: el instinto de nutrición y el instinto sexual. Es éste un tema en el que los freudianos somos tozudamente repudiados y mal tratados. Se nos acusa de manchar con el lodo de la sexualidad acto tan puro, lírico y casto, como el de la lactancia. Sin embargo, la razón está de nuestra parte, y si yo quisiera—que no quiero—turbar vuestra tranquilidad, llegaría a deciros que hay motivo más que suficiente para pensar que la lactancia produce a la madre una sensación agradable de procedencia netamente sexual.

Llega el momento de que la madre quite el pecho al hijo, y surge el instante trascendental de enfrontarse con la vida. Desde entonces, los instintos sexual y de nutrición irán cada uno por su camino. El niño necesita buscar su objeto sexual en alguna parte, y lo halla en sí mismo, aprovechándose de que por entonces la cenestesia no le permite considerar su cuerpecito como peculiar de él. Es la fase de auto-erotismo, la fase en que el niño chupa los deditos de sus manos y aun los de sus pies. La fase en que los padres cometen el grave error de dejar entre los labios de su hijo la tetina del biberón, que no representa sino un instrumento al servicio del hábito masturbador. Un paso más y surge el complexo de Edipo.

¿Qué es el complexo de Edipo? Ni más ni menos que la atracción que fisiológicamente debe sentir la hija por el padre y el hijo por la madre. Esta atracción excesiva puede convertirse en trastorno neurótico, capaz de producir hondas alteraciones en la edad adulta. De ellas quiero destacar ahora—pues he de dedicarle más adelante nuevos párrafos—la frigidez. Todos sabéis que existe una proporción enorme de mujeres que desconocen el placer del amor o lo conocen sólo parcialmente.

La cantidad de mujeres frígidas sube en España, según estadísticas reconocidas como ciertas, a un 70 y a un 80 por 100. A este grupo pertenecen la legión de las madres vírgenes, que a pesar de tener hijos, ignoran la satisfacción somática del amor.

La frigidez puede proceder de muchas causas. Una de ellas, la brutalidad de los hombres que en la noche nupcial aterrorizan y asustan al espíritu delicado de las mujeres honestas, dándolas una impresión de barbarie masculina, no justa.

Entre las causas de la frigidez está el complexo de Edipo. El excesivo amor por el padre, la identificación con el padre, tiene dos desviaciones. La hija ve en cada hombre una nueva versión de su padre, y la idea de cometer un incesto la hace retroceder ante el amor, o la hija se apropia con tal intensidad de las características masculinas, que la unión con un hombre representa para ella un acto de homosexualidad que la repele. He aquí cómo se forjan gran número de frigideces.

Después de la época del complexo de Edipo, viene una fase de amnesia, ha pasado lo que se llama la prehistoria sexual del niño, que se olvida de todas estas luchas y tribulaciones. El problema no vuelve a plantearse hasta la época del desarrollo de los caracteres secundarios.

Y estamos ya ante el momento en que los muchachos son iniciados sexualmente en los burdeles.

Paréceme del todo oportuno describir aquí—siquiera sea someramente—lo que es el burdel. En el burdel hay cinco elementos que considerar. Un escenario y cuatro personajes. El ama, la fiadora, el chulo y el cliente.

El local es húmedo y sombrío la mayoría de las veces. Huele a tabaco, a aguardiente malo y a sudor de hembra, a Colonia pésima y a polvos de arroz peor que pésimos.

El ama es, casi siempre, una vieja prostituta, una ramera que tuvo suerte. Cruel, engreída, tiránica, odiando a la juventud de sus pupilas, odiando sus conquistas y amando el dinero.

La fiadora no es sino una colaboradora del ama, presta a 200 ó 300 por 100 de rédito y es la encargada de simular cuentas que harían palidecer a las del Gran Capitán, presentadas, no sólo por afán de lucro, sino para hacer imposible que la ramera abandone el burdel.

El chulo representa el rayito de luz en este cuadro de miseria; la fuente que canta alegremente en el fondo melancólico del patio del hospital. La matita que ofrenda flores sencillas en la ventana de un preso. ¿Por qué? Pues sencillamente porque en medio de su vida triste y mísera, el chulo constituye lo único que puede escoger la ramera.

El cliente es siempre un hombre bruto, grosero, rijoso, que compra el amor, y por comprarlo exterioriza su pobreza masculina. Incapaz de merecer el amor de una mujer, compra el sacrificio de una hembra.

Y hemos llegado al punto más interesante de esta charla. A determinar cuáles son los daños que ocasiona el hábito del burdel en la masculinidad adolescente.

1.° El hábito de pagar el amor lleva a los hombres a la creencia de que lo mismo que se compra lo que más vale en la vida, puede comprarse todo. Y como esta lección se aprende en plena adolescencia, o

sea en el momento de máxima indecisión psicológica, la lección no puede resultar más terrible.

2.° El burdel favorece la creación de hábitos homosexuales, en defensa de los cuales se llega a actitudes paranoides. Ocurre esto porque hay espíritus delicados, indecisos, para los que el carácter agrio de las rameras, su comportamiento grosero, su falta de ternura y su brutalidad, representa un verdadero traumatismo que les asusta, cohibe y aleja del amor normal.

3.° Ninguno de vosotros ignora que ha querido la Naturaleza que el hombre sea activo en sus manifestaciones sexuales y la mujer pasiva. El hábito del burdel invierte los términos, acostumbrando al hombre a que la mujer sea protagonista, esté al timón y conduzca la nave de las caricias, haciendo que el macho adquiera hábitos de pasividad, o lo que es lo mismo, se feminice, y cuando encuentra una mujer casta, honesta, una virgen ilusionada y romántica, rindiendo culto a aquellas condiciones, se muestra pasivo el que ya no puede ser activo, porque se habituó a la ramera pasividad, y calificando a la virgen de sosa y fría, vuelve a recordar a la mujer del burdel.

Yo tengo la firme convicción de que no hay mujer sosa sino en contadas excepciones de procedencia patológica. A la mujer sosa la ocurre como a la guitarra, que dicen que es mala cuando el que la tañe no sabe tocar. Muchas de las mujeres que sus amantes o maridos han considerado sosas, en manos hábiles—y sobre todo leales para con el instinto—se han acreditado como todo lo contrario.

4.° La adolescencia, cual la infancia, es la época de las máximas curiosidades. Por tenerlas el burdel puede ser motivo de iniciar en perversiones que de otra manera no se hubieran abordado, y es corriente que se aparten de la función sexual normal los muchachos, arrastrados por perversiones que aprendieron en el prostíbulo.

5.° Durante la adolescencia rebosa la fantasía. El exceso de fantasía origina una porción de males. Véase el ejemplo de la morfinomanía. El adolescente inventa la realidad que no percibe, y muchas aberraciones son consecuencia, como muchas morfinomanías, de un afán novelesco; de la creencia de que ericenagándose se adquiere calidad de hombre singular, de hombre corrido merecedor de admiración por parte de las gentes.

6.° Y, finalmente, como antes os dije, los fracasos obtenidos en el burdel por virilidades no bien definidas todavía, crean, pueden crear, complexos de inferioridad. Todos sabéis que el complexo de inferioridad estudiado por Adler no es ni más ni menos que un sentimiento de inferioridad respecto a las demás personas de igual clase y condición. Este sentimiento de inferioridad impulsa a reacciones encaminadas a desfigurar tal sensación a base de reacciones violentas. Cualquiera que se haya asomado a una ventanilla de una oficina del Estado, de un Banco, etc., habrá visto la altivez, el aire insoportablemente molesto y obstaculizador que adoptan algunos funcionarios, que en el fondo no son sino pobres hombres que por unos momentos, debido a su cargo, se estiman superiores al que acude a ellos. Y ese orgullo, esa importancia, ese mal trato del empleado, no son sino signos claros de complexos de inferioridad. Pues bien, el burdel crea también complexos de inferioridad traducidos en misoginismo, en odio a la mujer, en antipatía a los niños, en repulsa, en fin, de todo cuanto sea equivalente a una sexualidad normal, en la desvalorización de este acto y sus consecuencias.

Reconoceréis conmigo cuán frecuente es en España el complexo de inferioridad.

Y nada más. Rehuí hablar de males físicos para mantenerme en un tono de objetividad psicológica que os ofrezco, y supongo sabréis estimar.

IV

Vamos a justificar las razones para nuestra antigua y recia enemistad con el burdel.

El burdel que las gentes jóvenes frecuentan es en España un foco de asco y repugnancia que no puede ser tolerado por ningún hombre de mediana sensibilidad.

Evocaré de nuevo ante vosotros la vida íntima de estos lugares, analizando tres aspectos: la celestina, la pupila y los clientes.

La celestina, más clásicamente llamada la alcahueta, es el puntal básico de la prostitución femenina. Sin ella no habría prostitución. La psicología de la alcahueta es más complicada de lo que a primera vista pudiera pensarse. No todas las mujeres ni todos los hombres que comercian con la sexualidad ajena son vulgares traficantes en carne joven femenina.

Hay algunos aspectos de mayor enjundia psicológica que quisiera destacar.

El amor es—dígase lo que se quiera—base y justificación de la vida. Cuando el amor no se tiene, se inventa algo que de cerca o de lejos sea un símbolo o una representación suya. Cuando el amor se ha tenido, es difícil renunciar a su recuerdo; difícil también desahuciar a la emoción que siembra abundantemente en las almas. No es sólo del amor esta condición. Lo es también de una porción de profesiones.

Os citaré dos: el pelotari que no puede ya saborear las palmas y el

entusiasmo del partido. Cuando la vejez asienta en su organismo, se dedica a ser corredor de apuestas.

El torero fracasado, pero no tanto que no disfrutara alguna vez del néctar embriagador de las palmas y los oles que tiene que retirarse y escoger otra profesión, con mucha frecuencia se hace mozo de estoques o apoderado, o lo que es igual, retirado de torero, sigue viviendo el fragor de las tardes luminosas, en que el ambiente de la plaza orea los corazones y el enardecimiento del triunfo abanica las más íntimas ambiciones ancestrales.

De igual manera la celestina puede ser en muchos casos una mujer que amó o soñó intensamente con el amor, y viéndose privada de toda posibilidad en este sentido, disfruta tejiendo enlaces entre las personas que la rodean. A este grupo de celestina desinteresada pertenecen las señoras, totalmente honestas, que gozan haciendo casamientos entre las muchachas de su amistad.

Un ejemplo más de esta singular orientación psicológica que en ocasiones—más abundantes de lo que pudiera pensarse—influye en el celestineo: las suegras. Las gentes hablan de las suegras con notoria injusticia. La psicoanálisis ha demostrado plenamente que el odio de las suegras no obedece sino a que se sienten rivales de sus hijas. No odian al yerno, le aman, y toda su hostilidad a él y todo su afán de enemistar a la hija con el esposo, no son ni más ni menos que fórmulas para aplacar la excitación producida por la última posibilidad de amor que ha de cruzar por el ya erial de su vida. Tan exacto es esto, que cuantos psicólogos se han aproximado al alma de la celestina, han tenido que reconocer que en más de un caso el celestineo da la sensación de un afán de venganza, de una represalia de pobre mujer incapaz de amar, frente al triunfo de la juventud y de la belleza.

No tiene mucho de extraño esta actitud, una de tantas formas del odio femenino. Nada comparable en ceguedad al odio femenino. En *Las Diabólicas*, de Barbey d'Aurvilly, relátase la historia de una marquesa que para vengarse de los desdenes de su marido, desciende al prostíbulo, y en la puerta del cuarto coloca un letrero que dice: "La prostituta que te aguarda detrás de esta puerta, es la mujer del marqués de Z."

Otra mujer muy conocida en los centros alegres de Madrid se entregaba fingiéndose ramera, y a la hora de recibir el pago, lo rechazaba diciendo: "Acabas de estar con la mujer de don Fulano de Tal."

El beneficio económico acaso sea, en elevado número de casos, el problema menos importante en este aspecto. Por ello quisiera que vuestros ojos perspicaces, de jóvenes que perciben los primeros rayos de una

nueva aurora, sepan darse cuenta de este problema, para evitar que os mostraseis partidarios de leyes rígidas e inflexibles incapaces de combatir de modo eficaz el proxenetismo, porque éste, en buen número de casos, posee una raigambre perfectamente psicológica, sin grandes concatenaciones: son la recompensa de unas cuantas monedas.

La pupila.—La pupila es, muchísimas veces, una enferma mental. Claro que en el burdel pueden darse todas las modalidades de la psiquiatría, pero aquí vamos a estudiar las cuatro formas más corrientes.

1.ª *Locas morales.* La locura moral constituye una de las perturbaciones psíquicas más frecuentes en la mancebía y acaso la menos acatada por las gentes.

Es éste un concepto que no entra claramente en el ánimo de las personas no iniciadas en la psiquiatría. Hay que distinguir, para orientarse, entre dos conceptos totalmente diferentes: el *amoral* y el *inmoral*. El inmoral es un hombre que tiene moral distinta de la generalidad de las personas que le rodean. Así, por ejemplo, puede ser considerado como inmoral el innovador de una religión—véase el caso de Jesús—, y después sus ideas representar la máxima moral.

Cuentan las crónicas que en algunas regiones del Cáucaso el forastero alojado tiene la obligación de compartir esa noche el lecho con la dueña de la casa, pues en caso contrario, el marido se considerará ofendido y tomará una seria venganza contra el desatento. Si aquí, en Madridejos, por ejemplo, pedís albergue en una casa y mantenéis la pretensión de acostaros con la dueña, el marido os tratará de distinta manera que en el Cáucaso.

Cuando yo estudiaba las primeras letras, tenía un profesor severo, con perilla de alabardero y cara de personaje del Greco, que nos llamaba mal educados y groseros cuando cruzábamos una pierna sobre la otra. En los presentes momentos las señoritas se exhiben en los actos de sociedad cruzando una pierna sobre la otra y no se las considera mal educadas, sino que se estima que adoptan una actitud elegante.

Lo inmoral no es más que la forma que frente a los acuerdos colectivos, exhiben otros acuerdos nacidos de una preparación cultural especial o de ideas singulares.

El amoral, en cambio, es el no susceptible de ninguna fórmula moral ni antigua ni presente. Es decir, un hombre en desacuerdo con todo lo que represente someter sus deseos, sus ambiciones y sus apetitos.

Para darse cuenta de lo que esto significa, bastará recordar que la psicología humana está constituída por dos sectores fundamentales: lo *consciente* y lo *inconsciente*.

Lo *inconsciente* está representado por la herencia básica, por los instintos, por los deseos fundamentales, y lo *consciente* por lo adquirido por la educación, por el fruto del contacto con las gentes que nos rodean.

El amoral es un hombre o una mujer en que triunfa lo inconsciente.

El segundo grupo de las mujeres del burdel está constituído por las *histéricas,* a las que las gentes tratan de modo injusto, creyendo siempre, por mala información, que no hay sino mujeres histéricas, siendo así que el histerismo es una fórmula de defensa que lo mismo puede presentarse en el hombre, que en la mujer, que en los pueblos. Conviene, por tanto, decir unas palabras para que tengáis idea de lo que es—siquiera someramente—el histerismo.

El histerismo traduce la consecuencia de un miedo. El histérico—hombre o mujer—es siempre una persona de debilidad, de pobreza afectiva, de falta de soluciones, empeñado o empeñada en que estas condiciones no sean percibidas por las gentes. Por eso la histérica goza fama de lúbrica, de mujer terrible, de vampiresa, cuando no es sino una infeliz frígida que simula para que los demás no se percaten de su dificultad para sentir el amor. Cuando llegan grandes conflictos emotivos, el histérico, en vez de buscar soluciones, apela a mecanismos ancestrales.

El histérico o la histérica no son ni más ni menos que seres que necesitan dar una falsa sensación de vigor, de protagonismo. Véase el ejemplo en la célebre *Madame Bovary,* de Gustavo Flaubert.

El prostíbulo está lleno de madames Bovarys, es decir, de mujeres que creyéndose o necesitando creerse heroínas de novela, emprendieron una serie de aventuras que las llevaron poco a poco por la pendiente para acabar en una casa de prostitución.

Tercer grupo.—*Las frígidas.*—Existe una cantidad enorme de mujeres, en todo el mundo—singularmente en España—, y de esto ya hemos hablado, que nunca conocieron la dicha del amor o, mejor dicho, la ventura física del amor, y si lo han conocido ha sido de modo tan parcial, que aun resultándolas grata, está totalmente lejos de la realidad. La frígida, al ver que una y otra vez queda desencantada, emprende aventuras sin cuento, persiguiendo la satisfacción a que cree tener derecho.

Lo mismo en el hombre que en la mujer, no me he explicado nunca la antipatía ni el mal trato, ni el tono despectivo que se aplica a quienes tienen muchas historias en su vida. La abundancia de historias no es sinónimo ni de malos sentimientos ni de vicio; es sencillamente la síntesis de una desgracia: no haber encontrado oportunamente el hombre o la mujer capaz de conducir por los senderos de la felicidad.

Si Don Juan Tenorio hubiera conocido a Doña Inés cuando tenía veinte años, hubiera hecho oposiciones a registrador de la Propiedad, se hubiera casado con Doña Inés, y la vibrante leyenda no existiría.

Contra los enemigos de Don Juan—enemistad que muchas veces obedece a móviles psicológicos no difíciles de adivinar en la persona que realiza el ataque—yo he alzado siempre mi voz. El pobre Don Juan, en cada conquista, no encontraba sino un nuevo desengaño y una nueva desilusión.

El problema terrible del hombre que cree hallar la felicidad y tropieza con el desencanto, es problema que no siempre la gente suele reconocer. Precisamente ahora tengo en tratamiento un enfermo llegado a una impotencia casi absoluta por consecuencia del efecto que le produjo el espectáculo grotesto del desnudo de la mujer con quien había acabado de contraer matrimonio.

Cuarto grupo.—*Las oligofrénicas.*—Las oligofrénicas, como sabéis todos, no son ni más ni menos que mujeres que padecen un retraso mental, un déficit. Por su falta de control, es sobre estas mujeres, carentes de ideas propias, propicias a admitir la acción ajena, donde cae la influencia de las proxenetas, del chulo y del ama. Reconoceréis que para estar en un prostíbulo no basta con ser mujer mala. Hay muchas mujeres malas, pero inteligentes, capaces de obtener de su profesión cuantiosos emolumentos. Cuando la mujer no es lista, la pretendida mala resulta juguete de todos, y son esas pobres mujeres torpes, incultas, que pueblan los bajos fondos de las casas de prostitución.

Vamos a examinar un último aspecto: *Los clientes.*

Al hablaros de los clientes quiero hacerlo en cuatro grupos, refiriéndome, claro está, al aspecto morboso.

En primer lugar están *los sadistas,* de que ya os hablé en otra conferencia. Estos enfermos, como sabéis, tienen necesidad de hacer daño, de hacer sufrir. Los que muerden, los que hieren, los que pegan a las rameras.

Según los técnicos, no se trata sino de una exacerbación del fondo activo masculino, del instinto sexual.

Frecuentan también los burdeles los *masoquistas,* antípodas de los anteriores, o sea gentes que para gozar necesitan sufrir.

El tercer grupo está integrado por los *alcohólicos.* El alcohólico, por efecto del tóxico, padece una disminución considerable de su potencia sexual. A poco que haya de constitución paranoide en su mentalidad, esa falta de vigor sexual es atribuída a la ramera. Otro aspecto de estos mismos enfermos es el de los celos.

Los celos, aunque las gentes no tengan el valor de confesarlo, nacen

siempre de un complexo de inferioridad. No se tienen celos sino cuando se admite la posibilidad de que el rival posea más encantos y más posibilidades de sugestión que uno mismo.

El razonamiento del alcohólico es siempre idéntico: como yo no puedo realizar fácilmente la función sexual, es lógico que la mujer busque una compensación; en este sentido me hará de menos. Y por este fondo de masculinidad ridícula y absurda, fomentada por las novelas inverosímiles y los melodramas, surge el alcohólico como celoso de mayor peligro entre cuantos padecen esta terrible enfermedad.

Finalmente frecuentan el prostíbulo los *fetichistas*. El fetichismo no es sino un tipo normal exagerado en algunos aspectos.

Por fetichismo fisiológico se entiende la predilección que todos, hombres y mujeres, sienten por un encanto sexual determinado.

Hay hombres para quienes el mayor hechizo de una mujer radica en los pies; hay otros que lo encuentran en los ojos, en el pelo...

Hay mujeres que prefieren en los hombres, ante todo, el valor. Mujeres que prefieren la gracia..., etc.

El fetichismo se puede intensificar hacia prendas determinadas, los guantes, los zapatos... Un paso más en el camino y se cae en lo francamente morboso.

Ejemplo: en Madrid hubo un teniente coronel que regalaba medias de seda carísimas a las vendedoras de periódicos más zarrapastrosas; hacía que las llevaran puestas sin interrupción, no quitándoselas ni para acostarse, durante seis u ocho días. Después se las recogía, pagándoselas a precio de oro, y las llevaba sobre el pecho, recreándose con el mal olor del sudor, de mujer desaseada. Constituía ésta la única posibilidad de placer sexual que le había reservado su vida de enfermo.

Fetichistas fueron los clásicos cortadores de trenzas de mujer, que llegaron a constituir una perturbación en París a mediados del siglo pasado.

Los fetichistas no son ni más ni menos que desgraciados que no pudiendo obtener el placer lícito con una mujer, lo obtienen a través de un símbolo de esta mujer.

Mezclad todos estos panoramas trágicos, míseros, dolorosos que os he relatado, y comprenderéis que el habituarse a frecuentar el burdel no es ni más ni menos que una prueba de insensibilidad, de falta de masculinidad y de la posibilidad de tragedia dolorosa de una enfermedad mental.

Por eso, cuando en mis campañas abolicionistas siento la falta del asesoramiento y ayuda de las mujeres que han tenido la suerte de poder ser felices, pienso que en esta resistencia inexplicable y suicida no hay sino una base de desconocimiento de este magno problema psiquiátrico, base, esencia y justificación de ideas que no debieran existir si fuera otra la justicia española y otro el corazón de los legisladores.

V

Tema espinoso, difícil y a ratos cruel, este que tócame desarrollar hoy.

De todos los daños originados sobre la psicología masculina, por el hábito del amor mercenario, ninguno comparable al de acostumbrarse a desdeñar el placer ajeno.

Recordad, como tema inicial de vuestras meditaciones en este momento, la frase de Goethe: "Si la mujer tiene buen marido, lo refleja en la cara."

Es pecado de la juventud española, y aun de la madurez, no sentir sobre sí el peso de la inquietud por el placer ajeno. El hombre auténtico, y más si está auténticamente enamorado, ha de preocuparse más del placer que origina que del placer que recibe. ¿Es ésta la actitud de las gentes? No, todo lo contrario. Por ello abunda el adulterio, por ello abundan las mujeres frígidas y los matrimonios aburridos. Esta falta de respeto al placer ajeno lleva a los hombres a cometer varios delitos de leso amor, que voy a exponeros, fría, serena, objetivamente, con el fin de que al contemplar frente a vosotros el grave problema, os sintáis inclinados a darle una solución humanitaria.

En infinidad de matrimonios, el acto solemne de la unión sexual tiene lugar cuando el hombre desea, sin que en el platillo de la balanza se coloque la apetencia de la mujer.

Los que cometen este delito ignoran cómo Van de Velde ha probado que mientras no surja el deseo, la mujer siente instintiva, natural e irrefrenable repugnancia por el sexo contrario. La primera preocupación de todo hombre ante cualquier manifestación de tipo sexual, debe ser la oportunidad. Infinidad de relaciones que pudieron haber sido manantial de dicha, se rompieron por haber estropeado el peinado un abrazo inoportuno.

La segunda falta está representada por la tendencia a negar derecho a la sinceridad femenina. Contra lo que se las exige, mejor dicho, contra lo que exigís actualmente a la mujer, debéis fomentar su sinceridad. Stendhal, siempre perspicaz, ha visto en el pudor un motivo de infelicidad. Claro que al mismo tiempo es causa de selección.

Las modas actuales son enemigas de la dicha amorosa, precisamente porque el enamorado aspira a un monopolio, y la mujer de los tiempos corrientes es cada vez un poco más de todos y cada vez también menos capaz de ser sólo para uno. Conviene y por eso lo hago insistir en ello.

No menos importante es el error de desdeñar a la mujer. La mayoría de los intelectuales la han desdeñado desde tiempos pretéritos. Así, el gran sabio Pascal dijo, resumiendo la tesis de San Agustín, que "en cada hombre hay una serpiente, que es los sentidos; una Eva, que es la concupiscencia, y un Adán, que es la razón". Comprenderéis que ni San Agustín ni Pascal sabían mucho de lo que es y significa la mujer. Serpiente o concupiscente, según quieran los hombres que la manejen y traten.

Culmina toda esta serie de delitos y de prejuicios, llenos de riesgos, para la felicidad y para el porvenir, en el orgullo biológico. La mayoría de los hombres que se unen a una mujer creen que cada vez que esto sucede obtienen una victoria. Nada menos cierto; cada vez que un hombre y una mujer se unen, no hacen sido cumplir un rito sagrado.

El conquistador es invariablemente un fatuo, aun saliendo triunfante. ¿Por qué? Pues sencillamente porque la mayoría de sus éxitos dependen de la casualidad. De ordinario, el conquistador no hace sino calmar deseos que otros o la propia naturaleza despertaron. Su actitud es análoga a la del vendedor de agua que se enorgulleciera por pasar por una calle en donde las gentes tuvieran sed y le agotaran la mercancía.

No menos trascendente es también la equivocación de la identidad psicológica. Muchos hombres proceden como si las mujeres fuesen igual a ellos.

Ha habido técnico que ha dicho cosas como ésta:

"Las atracciones sexuales son reguladas por las antítesis morales y las semejanzas físicas.

El matrimonio debe ser dirigido por las semejanzas morales y las diferencias físicas."

Los secretos de la atracción son de raigambre netamente subconsciente; mejor fuera quizá decir inconsciente. Se prefiere o no se prefiere, por razones que se nos escapan totalmente. La ley de la especie sabe cumplir sus designios sin que sea posible alzarse frente a ellos.

Desdeñando la preocupación del placer ajeno, el amor conyugal tiene forzosamente que convertirse en monótono, y así es en el 90 por 100 de los casos. El matrimonio no puede considerarse como un epílogo, sino como el comienzo de un nuevo drama. Hay que renovar constantemente el amor.

Todos recordáis que Carlos III sentía gran atracción por las damas de su corte. A tal extremo llegaron estas curiosidades (así lo llamaba él), que la reina pidió ayuda a su confesor.

Lo recibió muy atento el rey, y después de haberle oído una apología de la honestidad, de la felicidad matrimonial y de la conveniencia de no ser adúltero, le dijo con tono paternal de hombre convencido y satisfecho:

—Bien, padre; en recompensa a vuestro comportamiento y a vuestra tolerancia, quiero recompensaros. ¿Qué plato os gusta más de cuantos se sirven en la cocina de Palacio?

El confesor, ingenuo, respondió:

—Las perdices estofadas.

—Muy bien, puedes retirarte.

Inmediatamente llamó al cocinero y le dijo:

—Al confesor de la reina, desde hoy, para desayuno, para comer y para cenar, no se le servirá otro plato que perdices estofadas.

Al cabo de ocho días compareció el confesor de nuevo ante el rey, al que dijo:

—Señor, os agradezco mucho el interés con que mandáis que me sirvan perdices estofadas, pero aunque fueran platos menos selectos, ¿no podría alternar con otro?

El rey le respondió, sonriendo:

—¿Habías pensado en esto cuando viniste a hablarme en nombre de la reina?"

La falta de respeto al placer ajeno no deja ni puede dejar indiferente a la mujer, y por ello adopta actitudes defensivas. Tiene forzosamente que revestirse de corazas para enfrontarse con el egoísmo, la grosería y la torpeza masculina.

Cuatro son las fórmulas defensivas a que acude la mujer. La primera, masculinizarse. Adopta las modas del hombre, se hace hominista, viendo en el sexo contrario, no un colaborador, sino un rival, un enemigo. No tenéis sino asomaros al panorama actual, y veréis que en el deporte, las oficinas, las carreras, las profesiones todas, hombres y mujeres se disputan los puestos.

Victor Margueritte publicó una novela de escándalo, que no debiera haber servido sino de profunda lección para los hombres todos.

Se trata de que una mujer, la protagonista, adopta idénticas fórmulas para perseguir el placer que el hombre, y cuando un hombre la parece bien, se lo dice o le da dinero, exactamente lo mismo que hacen los hombres con las mujeres.

No es momento de decir si la protagonista estaba o no en lo cierto. Sí el de pensar los peligros que pudiera traer que una actitud así se generalizase.

La mujer ha de ser colaboradora del hombre; nunca su rival. La mujer debe ser mantenida por el marido, o por el padre de sus hijos, si lo queréis así en criterio más amplio y más libre. Esto obedece sencillamente a que el hijo necesita a la madre y que en el momento del destete surgen los primeros conflictos espirituales. De presidir esto o no, la madre deriva una influencia decisiva a través de la vida toda.

Lo anómalo de las nuevas generaciones procede probablemente de la enorme cantidad de niños alimentados con biberón. El niño necesita el pecho de la madre, y no sólo material sino también espiritualmente, porque el pecho de la madre representa en los primeros meses de la vida la satisfacción de dos instintos básicos: el de nutrición y el sexual.

Segunda actitud defensiva del sexo femenino.—*Desprecio al talento.* La mayoría de las mujeres prefieren un tonto a un hombre de talento. Las mujeres tienen razón. ¿Por qué? Por esto: no hay más que una energía espiritual en la vida. Esta energía es la sexual. Cuando no se emplea en fines sexuales, puede emplearse en fines religiosos, en fines artísticos, en fines políticos, etc. El tonto—y bajo este título no debe incluirse sólo al desgraciado que es la irrisión del pueblo o del barrio en que viva, hay muchos políticos, concejales, alcaldes y ministros, con derecho perfecto al título de tonto—; el tonto, repito, es un hombre que dedica sus máximas energías al culto de Venus, mientras el hombre de talento, el literato, el de ciencia, hurta parte de esta energía para emplearla en otra forma. Véase el caso de Musset y tantos otros. Lo mejor que puede hacer una mujer a un hombre es darle *calabazas.* Si una mujer que valga la pena admite y corresponde al afecto de un hombre de talento, le inutiliza para toda la vida. La dicha es el mayor enemigo de la gloria y de la fama. Los hombres admirados por mujeres de categoría no suelen llegar a nada. Las mujeres prefieren al hombre de escasa inteligencia y desdeñan al de talento. Si no fuera por esto, la ciencia habría adelantado poco.

Vosotras, lindas jóvenes que me oís, estáis al lado de hombres que pueden llegar a ser cimas de la ciencia patria. Decirles rotundamente que no. Negarles vuestro afecto en este mismo momento, y les habréis puesto en el camino de conquistar la fama.

La tercera actitud defensiva femenina consiste en conceder excesiva importancia a los preliminares del acto sexual, cultivando el "flirt". El "flirt" no es ni más ni menos que una obra netamente femenina; un jugueteo donde no se quiere comprometer nada y se persigue obtener la satisfacción del placer preliminar.

A las jóvenes de ahora, tan propicias al tuteo, tan aptas para el baile confidencial, podría llamárselas "las vírgenes locas", es decir, muchachas que teniendo temor al acto decisivo no las importa deleitarse con el prólogo. Más acertado que "vírgenes locas" sería llamarlas "vírgenes ebrias de preludio".

Finalmente, existe como mecanismo defensivo la hipertrofia del orgullo. El orgullo es el máximo enemigo del amor. Tan intensamente es concebido por algunas mujeres, que puede llegar a parecer virtud.

Como resumen y colofón de esta conferencia, no quiero decir más por cuenta propia (quizá dije más de lo que debiera), he de terminar con una frase de Stendhal, el maestro de psicología del amor: "No hay más unión lógica que la justificada por una pasión."

VI

Todas las doctrinas tienen un sentido esotérico, misterioso, que no cabe exponer a las masas. El abolicionismo no podía ser excepción, y yo, confiado en las muestras que habéis dado de alta comprensión durante este cursillo, quiero deciros cuál es el sentido esotérico del abolicionismo español, seguido de su ideario.

Parece que esta segunda parte debiera sobrar, puesto que el abolicionismo es igual en todas las partes del mundo. Sin embargo, cada país adopta la legislación, completándola o no, según necesite agregar nuevas premisas a la doctrina. Por eso voy a exponeros cuál es el ideario que ha constituído la bandera bajo la cual se agrupan y luchan los abolicionistas españoles.

Los valores esotéricos del abolicionismo son:

1.º *Revalorización de la virginidad masculina.*

El abolicionismo tiende a revalorizar la virginidad masculina no por el honor. La virginidad, desde el punto de vista del honor, carece de importancia. Hasta tal extremo carece de ella, que las mujeres en algunos países del Norte de Europa y de América se hacen ya operar antes de contraer matrimonio, para borrar todo rastro de virginidad que pueda ser obstáculo a la obtención en toda su intensidad de las venturas físicas del amor. El valor de la virginidad no está tampoco en que represente un triunfo sobre las tentaciones. No. Ni siquiera en un alarde de orgullo para el conquistador. La verdadera tesis es otra que luego expondremos. Lo

que no puede consentirse es la diferencia en la apreciación de la virginidad del hombre y la de la mujer.

A este respecto os contaré la anécdota de un juez inglés que ha corrido por las revistas abolicionistas y fué comentada vivamente en los actos públicos.

"Erase un galán que al día siguiente de haberse casado se presentó al juez a decirle que el estado anatómico de su esposa no revelaba la virginidad en que él había confiado.

El fallo del juez fué: "Siendo así que a los hombres no se les exige para casarse ser vírgenes, no hay por qué exigírselo a las mujeres."

El secreto de que valga lo mismo la virginidad masculina que la femenina, está en que si las mujeres olvidan pronto los deslices y locuras de los hombres, la especie tiene memoria fiel y sabe castigar duramente estas faltas. El hombre español se casa gastado ya, habiendo dejado sus mejores energías en el burdel. Los hijos son enclenques, porque el padre, al engendrarlos, no tenía el vigor y el estado de salud de la madre, puesto que, como antes digo, sus mejores energías las había abandonado en brazos de las rameras. Este es uno de los aspectos fundamentales del abolicionismo. Hay que tender a mejorar la especie, haciendo que los engendradores, lo mismo el hombre que la mujer, se hallen en la plenitud de sus energías cuando realicen el acto más grande y sublime de la naturaleza, el único que aproxima al Creador.

2.° *Tendencia a fomentar el matrimonio precoz.*

El abolicionismo tiende a fomentar el matrimonio precoz. Las normas de estos tiempos son otras. El hombre se lanza a la conquista del pan de cada día. A tenerlo seguro. Cuando triunfa, cuando se ha hecho una posición, es cuando piensa en casarse, cuando escoge mujer. Resultando una vez más que como hasta ese momento no se ha mantenido en perfecta castidad, sino todo lo contrario, se casa en condiciones de inferioridad, y los hijos no son todo lo sanos y fuertes que debieran. Por otra parte, el amor exige que el triunfo no se haya obtenido aisladamente, porque obtenerlo así da al hombre un aire conquistador, de confianza excesiva e hipertrófica en sí mismo, en su valía, que se traduce invariable e inevitablemente en un sentido autoritario dentro del matrimonio. El verdadero amor exige para subsistir que la lucha sea de un hombre unido a una mujer, frente a todos los sinsabores y todas las amarguras de la vida. La entidad biológica no está representada por un hombre ni por una mujer, sino por una pareja. Cuanto se haga sin el concurso de una mujer, como cuanto intente la mujer sin el concurso de un hombre, tendrá este defecto primordial.

Cuando el amor muere—y es natural que se modifique, que se atenúe y por fin que muera—, la única fórmula que cabe es el hijo. Si ha de constituir éste la felicidad de los padres, tiene que ser sano y dichoso. Para llegar bien al fondo de estos problemas, es necesario darse cuenta de que el matrimonio no es una institución creada para dicha de los padres, sino para ventura y defensa de los hijos.

3.° *El deporte.*

Como en el abolicionismo se predica ante todo la castidad, no malgastar las energías, no frecuentar el burdel, no cabe duda que el abolicionismo necesita de algún antídoto de la lujuria. ¿Dónde puede estar este antídoto? Pues exclusivamente en el deporte. El deporte es el recurso a que la juventud inglesa acude para mantener su honestidad incólume. En España el deporte, por desgracia, es un pretexto para vivir sin trabajar, al margen de toda profesión definida.

No hablo mal—cómo he de hablar mal—de los profesionales que se ganan honradamente su vida. Contra los que sí voy es contra los profesionales disfrazados, contra los que sueñan con ocupar puestos destacados que les permita vivir sin desgaste intelectual ni casi físico. Esto no es sino una edición más del tipo clásico del torerillo, propicio a todas las promiscuidades, de los enemigos del trabajo continuado.

El deporte tiene un riesgo enorme, que es el *narcisismo,* y otro no menos importante: el *parasitismo.*

Estos son los dos grandes enemigos. Es necesario pensar que para practicar deportes ha de contarse con la educación física necesaria. Se esmaltan los campos de balompié de estatuas de jugadores muertos prematuramente por culpa de enfermedades que no hubieran adquirido de haberse dedicado al deporte con una severa preparación de educación física, o lo que es lo mismo, hay que obtener una educación física severa, y después dedicarse al deporte, como medio de consumir el remanente de energías que dejen las ocupaciones respectivas. Es completamente recusable el tipo del muchachito mal alimentado, macilento, sin preparación física ninguna, que al salir de la fábrica o del taller va a agotarse jugando al balompié, sin reglas, sin descanso, sin normas. Lo interesante no es llegar a ser profesional. Lo es darse cuenta de que las energías sobrantes de la tarea diaria pueden aprovecharse en el deporte, pero en el deporte bien entendido.

Son, pues—no lo olvidéis—, tres los aspectos esotéricos del abolicionismo: *Revalorización de la virginidad masculina.—Casamiento precoz. Y preparación por la educación física para llegar a la buena práctica del*

deporte. Dicho esto, vamos a exponer cuáles son los cuatro puntos principales que constituyen el ideario abolicionista español.

El ideario abolicionista consta de los cuatro extremos siguientes:

1.° *Abolición de los reglamentos.*

Los reglamentos de la prostitución, como ya dijimos, deben abolirse, por ser *inútiles*, según ha demostrado plenamente la experiencia. Con ella están conformes todos los especialistas en sifilografía. No hay manera de garantir por medio de un reconocimiento de minutos, hecho hebdomadariamente, la sanidad de las rameras.

Por *injustos*. Si el amor mercenario es un delito, no cabe negar que lo cometen un hombre y una mujer, resultando verdaderamente arbitrario el que sólo la mujer sea perseguida, nunca el hombre, como si los dos no pudieran contagiar de igual manera.

Por *desigualdad*, ya que los reglamentos sólo alcanzan a las rameras pobres, a las de burdel, a las de las esquinas. En cuanto se trata de una mujer que vende su cuerpo, vive en casa de lujo, con auto a la puerta, no llegan a ella las leyes.

2.° *Establecimiento del delito sanitario* y tratamiento obligatorio de los contagiados, sea cual fuere su sexo. Todo el que causa un daño a la salud pública, debe ser castigado, y de los daños más grandes que pueden inferirse, es el contagio de una enfermedad venérea. Este espíritu parece va a inspirar un nuevo decreto que desde hace tiempo viene pensando el Gobierno, aun cuando todavía no se haya concretado nada en práctico.

3.° *Investigación de la paternidad.* (Ya consignada en la nueva Constitución.)

No hay hijos legítimos ni hijos ilegítimos. Los ilegítimos, si acaso, son los padres. El hijo nunca es ilegítimo y siempre absolutamente irresponsable. No nos extenderemos sobre este punto, puesto que es una ventaja ya lograda.

4.° *Obligación de todo ciudadano de justificar los medios de vida para poder precisar si estos medios son lícitos o no.*

En síntesis, la base, el núcleo del abolicionismo es la igualdad de los dos sexos ante la ley.

Hemos llegado al final de este cursillo, del cual el presente extracto no es sino fórmula homeopática. Durante las seis conferencias puede achacárseme que en algunos casos haya pecado de crudo, en otros de cruel; pero lo que sí puedo asegurar es que en todos los momentos puse a rédito mi emoción y nunca dejó de guiarme el mejor propósito.

Concepción y anticoncepción

I. Fisiopatología de la concepción.
II. Higiene concepcional.
III. Esterilización.

Por el DR. J. M. OTAOLA

Tocólogo y Ginecólogo, Director de la especialidad en *Gaceta Médica Española*

I

Señores:

Para que la concepción se realice, es necesario la conjunción del óvulo y el espermatozoo, y para ello son precisas ciertas condiciones anatómicas y fisiológicas estrictamente genitales, por una parte, y en su relación con éstas de otros órganos del resto del cuerpo. No se puede considerar de la misma manera la concepción en contra, y a pesar de una ginatresia, como la que puede tener lugar en la enferma diabética o hipofisaria.

Así, pues, hay que ordenar y sistematizar este estudio de la fisiopatología concepcional, para abarcar los puntos esenciales, pues en detalle sería indefinido.

Tanto debemos ocuparnos de la estructura anatómica que favorece la concepción como de aquellas alteraciones anatómicas que la imposibilitan, dificultan o alteran; de la fisiología genital, que hace posible la fecundación, como de la patología funcional que impide que se realice o perturbe esta función y, por último, de todos aquellos motivos que, sin ser propiamente debidos al aparato genital, pueden influir en él, alterando su fisiologismo.

En la escala zoológica nos son conocidos los fenómenos de celo, pero no así en la especie humana; de tal modo la educación ha desvirtuado las condiciones naturales, que en vez de ser ostensibles y manifiestas, tenemos que buscarlas a través de la intuición y la experiencia. Pero existe naturalmente el impulso sexual y la procreación está condicionada por este impulso sexual, el sentido genésico primordial en la fecundación.